

La Falange es así

Suplemento al núm. 959 de JORNADA
Día de los Caídos, 1944

La doctrina del Fundador y la voluntad del Caudillo

Por CARLOS LOSADA

El ideal de servicio de la Falange, tal como fuera expresado por el verbo de su Fundador, tal como fuera dictado a la fanática disciplina de los militantes ejemplares, tiene su más adecuada expresión en la noción del mando. La función de mando es augusta por ser precisamente aventajada posición de servicio.

Antes de que el crimen marxista dejara a la Falange en trágica orfandad, Francisco Franco había realizado el objetivo cesáreo de José Antonio, tremolando el ideal unitario, combativo y justiciero determinado en España por la presencia de nuestro Movimiento. El soldado providencial que salvaba a la Patria, abrió, con su limpia espada, los senderos del porvenir. Ríos de sangre juvenil y generosa aislaban los límites del Estado nuevo de toda vieja concomitancia política. Contra la pluresencia de los partidos y caciques turnantes, erigió el Caudillo de España, desde la primera hora, el concepto renovador y servicial de la Falange: «Queremos milites, soldados de la fe, y no politicastos ni disculpadores. La habilidad es arte del buen gobierno cuanto la marrullería arma de la bastarda ambición. La norma del Estado de Franco es el ideal nacional, depurado por la honrada noción del servicio y del sacrificio, que alentó en la jornada heroica del 18 de julio.

El primero de octubre de 1936, al asumir la Jefatura del Estado el Generalísimo Franco, la Falange ganó la preeminencia de orientar el futuro de España con los puntos diáfanos de su doctrina. El ideal nacional que el Caudillo proclama no es el ideal liberal y liberaloide que enterró la conciencia del nacionalismo entre cascotes de tópicos estériles. El ideal nacional que Franco propone es aquel principio de amor a la Patria y desvelo por su grandeza que puede unir a todos los españoles en una misión común. Al asumir el Poder, el Jefe del Estado piensa en ese sagrado ideal que reúne en los frentes de guerra a todos los hombres de España, desde el más humilde aprendiz hasta el aristócrata de más viejo linaje. Por eso es el ideal nacional el de todo el pueblo; el que sólo la Falange ha logrado incluir en un precepto que estima que la nación es «el pueblo considerado en función de universalidad, como la persona es el individuo considerado en función de la sociedad».

El sino de la Falange está trazado. La Jefatura de Franco nació de la lealtad de una coincidencia que el Jefe del Estado declara al determinar las directrices de su política: «Yo quiero que mi política tenga el profundo carácter popular que ha tenido siempre en la Historia la política de la gran España».

La Falange, íntimamente unida a la obra de su Jefe nacional y compenetrada con su persona, ve realizado en la paz y prosperidad de España el ambicioso designio que inspiró su fundación. La Falange aportó al Estado la totalidad de una doctrina que conforma las realidades del interés nacional con las exigencias de una perspectiva histórica que da al régimen nacionalsindicalista su gesto propio y su estilo permanente. La Falange abrió su corazón al Caudillo para que la voluntad del elegido de Dios plasmara en un orden aquella firme voluntad de Patria, Pan y Justicia que la juventud había afirmado con su sangre generosa.

La obra del Estado fundado por Franco llena ya la previsión de las funciones primordiales que José Antonio asignó a nuestro Movimiento en el instante fundacional.

Equilibrio y serenidad de nuestra Justicia Social

Por GREGORIO C. ROMERO

CONTADOS españoles acertaron a valorar la trascendencia del acto fundacional. Y, sin embargo, todos oyeron con interés, en medio del estruendo electorero, alzándose, con acentos de nueva poética y de otro estilo, sobre la desolación tremenda del paisaje nacional, las palabras aleccionadoras y proféticas de José Antonio Primo de Rivera.

Aunque la Falange no hubiera conquistado España para España, convirtiéndose en incontrastable fuerza, básica y decisiva para nuestro resurgimiento, el acontecimiento del 29 de octubre de 1933 constaría en la Historia con su justo relieve y su importancia singularísima.

Porque, en el acto del teatro de la Comedia, no nació un partido más, para terciar en la lucha a vida o muerte que ventilaban dos metáforas, en descrédito una y sangrante la otra: la derecha, con «la aspiración de mantener una organización económica, aunque sea injusta», y la izquierda, «con el deseo de subvertir una organización económica, aunque, al subvertirla, se arrastren muchas cosas buenas».

Se inició aquel día del mes de Levanto y del Descubrimiento, de las Fundaciones y la sementera, un Movimiento juvenil que, desde el primer momento, al saltar gallarda y decididamente al campo de la acción y de la dialéctica, señaló sus raíces ahincadas en las puras esencias tradicionales de la Patria, y sus rumbos, plenamente de acuerdo con los peculiares y complejos problemas de la nación.

La revolución de las izquierdas no respondía a los imperativos históricos y racionales de cultura y sentimiento, y se devoró a sí misma. Y todas las revoluciones anteriores a la nuestra fracasaron porque, como decía José Antonio, dividían a los españoles, y era éste el peor y más funesto de sus grandes defectos.

Esta otra revolución, constructiva—la nuestra, nacida para unir, al servicio de España y de los españoles, voluntades y esfuerzos—, que, cara al sol, desplegaba sus banderas, haría o no de sus dogmas realización estatal y política de España; pero, de cualquier modo, su mística de poesía y juventud y el haz de sus verdades metafísicas, económicas y sociales, tenían poder suficiente para abrir nuevo proceso de la vida nacional, para cambiar la funesta trayectoria de la Patria por una limpia y alta directriz, con seso de buidas flechas, del mejor impulso y para levantar el alma española, con ilusión y con fe, sobre el desengaño, la obscuridad y la agonía de una generación.

La justicia social que preconiza la Falange es una aspiración diáfana y amorosa que, sin pruritos de repeticiones ni actitudes demagógicas, ha dado ya, con equilibrio y serenidad, frutos eficaces y lisonjeros. La fe y el tesón de la Falange, bajo el providencial caudillaje de Franco, nos han permitido realizar en el campo de lo social, avances insospechados que, si quiera no los consideramos como definitivos, pueden servir muy bien para señalar las diferencias que existen entre la acción constructiva de nuestro Movimiento y los procedimientos turbios de la política de falsas promesas y luchas de clases y partidos que hubo de padecer nuestra Patria.

Sólo con la teologal virtud de creer ciegamente se podía alcanzar la divina merced del milagro. Milagro fue salvar al país y encaminarlo, por la sabia guía de un Caudillo providencial y a la luz y con la perseverancia militante de una doctrina y de unos hombres más fuertes que todas las insidias y que la confabulación del rencor, la traición y la cobardía, hacía el norte de nuestras ansias españolas.

Y actualmente, mientras el mundo arde en la hoguera de la guerra, sobre la digna y ejemplar paz de España, la bandera de nuestra justicia social, izada por José Antonio y mantenida por el Caudillo, flamea con justo orgullo y congrega a los españoles para que, sin distinción de clases, colaboren en el esfuerzo de dar impulso y brío al anhelo revolucionario que, a fin de lograr la reconstrucción moral y material del país, nos legó el verbo del Fundador.



“Toda gran política se apoya en el aumbriamiento de una gran fe. De cara hacia fuera --pueblo, historia-- la función del político es religiosa y poética. Los hilos de comunicación del conductor con su pueblo no son ya escuetamente mentales, sino poéticos y religiosos. Precisamente para que un pueblo no se diluya en lo amorfo --para que no se desvertebre--, la masa tiene que seguir a sus jefes como a profetas. Esta compenetración de la masa con sus jefes se logra por proceso semejante al del amor.”

JOSE ANTONIO

FUEGO DE VERDAD

Ramiro Ledesma Ramos

Por José Antonio de ALCEDO

NOS podemos valer de la imagen nietzscheana para definir el tránsito de Ramiro, de la filosofía a la política. "Subió a la montaña llevando la ceniza, para volver después al valle trayendo el fuego". La cumbre filosófica —Kant, Fichte, Heidegger— fue inhóspito retiro para quien anhelaba mucho más que una certidumbre mental. Y he aquí por qué desde su montaña filosófica, cumbre de una juventud universalmente encaminada a las disciplinas científicas, descendiéramos a la apasionada realidad del mundo circundante que aguarda, no la ceniza fría de una experimentación filosófica, sino el fuego de una verdad que remedie sus males. Así como del seno de Kant emerge frenético Fichte —decía Ortega—, para sustentar que la filosofía no es contemplación, sino aventura, hazaña, empresa, también de la cumbre donde queda la ceniza —fruto de una experimentación intelectual—, baja el Ramiro filósofo para concretar su voluntad política en los puntos que componen el manifiesto de la "Conquista del Estado". Es aquí, el primer contacto físico de Ledesma con la realidad circundante: "España desde hace casi tres siglos se encuentra en perpetua fuga de sí misma", y al borde del reconocimiento de esa realidad histórica, parece nacer la vocación ineludible del político. En este preciso momento, Ramiro se despoja del último resabio kantiano, de una última añoranza contemplativa, para aconsejar la necesidad de un sentido militar de responsabilidad y de lucha. La crítica infundada —a la que más tarde fustigará en su discurso a las juventudes de España— queda ahogada por un gallardo imperativo al que él subraya con un matiz de esperanza: "Vamos al triunfo y somos la verdad española".



RAMIRO LEDESMA RAMOS (Dibujo de Lozano)

En la montaña, Ramiro ha dejado la última ceniza de su entrañable vocación filosófica. Por la verdad, ha contrariado sus íntimas aficiones meditativas. Pero fiel a su destino, que le niega quedarse en la torre de marfil, baja al valle de la realidad humana. Y sire el sentido de su estirpe, encendiendo la humbre de la acción. Su alma castellana la pedía, como pidió siempre al linaje, espuela y doctrina: una tarea que realizar y un pueblo al que conducir. Salí de la filosofía para entregarse a la dimensión celtibérica de sus tierras y de sus hombres: creé un movimiento arrebatadamente humano, en el que estaban concretados los valores permanentes de la eterna España. Y por encima de sus nostalgias de intelectual, supo clavar en el clima frío y desdenoso del Ateneo unas palabras encendidas a las que ni el mismo tumulto pudieron robarle su tajante y segura certidumbre. A las mismas puertas del enemigo llegó, como aquellos caballeros de Granada, para plantar su desafío. Y fué su lucha política constante batallar contra las coaliciones del error y contra las aún más terribles coaliciones de la indiferencia. Ramiro, capitán de aquellas guerrillas de marzo que dieron al aire su madrugador grito de ofensiva, inauguró sobre una España en crisis, los surcos del tiempo nuevo. Con trazo indeleble nos ha quedado su imagen montada en la motocicleta hacia los distintos rumbos de la Patria: la greña al viento y el ademán sereno, con aquel mismo gesto de iluminado con que entró en la muerte, alegre de saber que su semilla, por encima del sacrificio, había prendido para siempre en el suelo de España.

LA ETERNIDAD EN LA CRUZADA DEL SALER

EN la grave oportunidad de esta gran fecha falangista del 29 de octubre, el jefe provincial del Movimiento, camarada Laporta, al invocar la ensangrentada, exigente presencia de los Mártires valencianos, nos ha vuelto a señalar nos ha repetido un nombre: el Saler.

Pero el Saler —valenciano que sigues ilusionadamente no es más que la precisión topográfica y la simbólica expresión del Saler, con rumor católico de resposos y el alma hecha himno de fe y de disciplina. Mas han de ser todos los días los cidos de la Patria, ninguna diferencia cualitativa entre los en este escenario tan cinematográfico del Saler —playa de las viejas excursiones domingueras— y los que dieron su orilla de las acequias artesanas de Paterna; ninguna distinción los que espiraron en los naranjales de Alcira o Caracas que murieron en las cunetas, con sombras de olivos, de

Un mismo horror insuperable y unos mismos merecimientos acompañan en nuestro emocionado recuerdo la pasión y muerte dieron comienzo a su martirio en las checas de Villa Rosa para acabar en el Perelló, y la de los que, como el párroco Zenete de mi Ayora natal. Y entre las escuadras azules de los valencianos han encontrado su eterno sosiego más allá de los bréis de contar también a ese bravo y querido amigo Pepe asesinado por los «Aguilucho de la F. A. I.» barcelonesa que evadirse a la Zona Nacional; al cabo Camarasa, que batiendo por la Sierra de Pandols y encontró muerte heroica pula breve de un avellano, y también, a los que, lejos de contra el antiguo enemigo, fueron mortalmente derribados impía estepa rusa, que les vió combatir con hispanios

En honor de cuantos valencianos y españoles cayeron por Dios y por la Patria, rompemos hoy también nuestro diario anonimato; y este emocionado recuerdo no quisiera servir a la mera notificación de su sacrificio, como espectador asombrado, sino ser mucho más: pura y fervorosa alabanza, como la oración litúrgica; homenaje, en fin, de amor en comunión. Porque fué el año pasado, ciertamente, cuando por vez primera recorrí —materialmente hablando— el camino sagrado del Saler, con el himno falangista entre los dientes y una vergüenza insuperable en el alma al pensar



en los asesinos; pero yo recorrí antes otro Saler espantoso en la capital catalana, en coche incautado por patrullas facinerosas de la «Generalitat», y son muchas también las horas que el ejemplo escalofriante de nuestros mártires, se nos ha repetido un nombre: el Saler.

Como el pasado año, mañana iremos ante la Cruz de los Saler, con rumor católico de resposos y el alma hecha himno de fe y de disciplina. Mas han de ser todos los días los cidos de la Patria, ninguna diferencia cualitativa entre los en este escenario tan cinematográfico del Saler —playa de las viejas excursiones domingueras— y los que dieron su orilla de las acequias artesanas de Paterna; ninguna distinción los que espiraron en los naranjales de Alcira o Caracas que murieron en las cunetas, con sombras de olivos, de

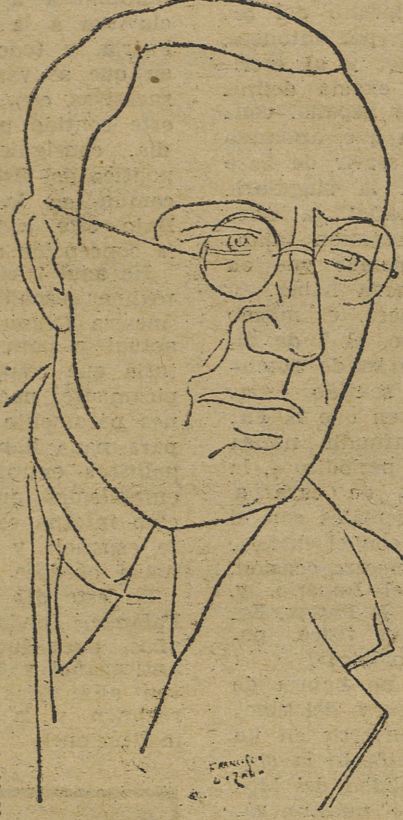
La liturgia no parte del Yo sino del Nosotros— y el inestimable valor político en este amor de Patria, de Unidad y Justicia de nuestro Movimiento. Este fecundidad de este puro y extenso sacrificio que ahora con activo dolor, está la más segura esperanza de salvación y de los valores que en el mundo representa. Y en el Saler, un Caudillo victorioso ungido por los más tiernos de los tiempos, genial Estadista: Franco, viene venas —con la fe levantada hasta la altura misma de su celeste —las dificultades de todo linaje que han venido oponiéndose a nuestra neutralidad y la crisis casi permanente de nuestra universal selva de violencias. Quienes le seguimos con una fe y orgullosa, sabemos bien que la medida de la dignidad patriótica no puede estar nunca en la habilidad de los supuestos camouflages políticos ni mucho menos en el rencor sangriento e inútil de quienes todavía no quieren entender que hace cinco años que quedaron definitivamente invalidados para nuestro pueblo por sus crímenes, sino que, por el contrario, sólo puede ser tomada de estos otros españoles por quienes la Cruz del Saler —como tantas otras sencillas y dramáticas— se asoman al mar y a los caminos de España para recordarnos a todos cómo se escribe, en los trances decisivos, la mejor Historia.

LA ARENGA SIN PALABRAS

MAEZTU

Por MARTIN DOMINGUEZ

MAEZTU, que comenzó siendo un hombre de razón, acabó por ser —integrado y angustiadamente— un hombre de fe. Se emplean estos dos términos —razón, fe—, no con intención antitética. Porque alcanzar ese grado de fe, que dominó los últimos años de Maestu, es logro que no supone el vencimiento de la razón, sino la superación magnificada de ella. Y el camino que lleva a esa fe —en un caso como el que nos ocupa— está enlosado de razones y razón; es decir de experiencia y buen sentido. Igualmente, empleamos la palabra fe en su matiz de convicción profunda y de consecuencia vigorosa entre pensamiento y conducta. Hombre de fe, el Maestu que ha conocido mi generación era un bloque de piedra sillar, en cuya entraña palpaba escondida la ternura humanísima y antisentimental de los verdaderos espíritus apostólicos.



RAMIRO DE MAEZTU (Dibujo de Lozano)

Me pareció un monje altivo, vestido de seglar en la hora bárbara, con aquella frente suya donde parecían caer los salmos y unos lentos molestos de códices y breviario romano. El local, que oía un tanto a pórtico romántico de pronunciamiento, olió en seguida a sala capitular. Maestu no habló —era orador pésimo— aquel día. Pero presidió. En su boca, de labios apretados se adivinaba, empero, una arenga sin palabras que había de tener su último párrafo en el martirio edificante de su cárcel y de su muerte.

La única vez que vi a Maestu fue en Madrid, en un piso cerca del Congreso, donde tenía su domicilio social aquella revista inolvidable que se tituló "Acción Española" y de la que él era director. Conmemorábase aquel día la figura de Menéndez y Pelayo, de cuya muerte se cumplían años. Atravesábamos momentos de furiosa saampañada republicana. En el salón de actos de "Acción Española" habíase preparado una fiesta. No era grande el local. Apenas si había allí cien personas. Pero bullía el entusiasmo, entre de catacumba y cuarto de banderas, que es de suponer en momentos duros y desconcertantes como aquellos. Cuando entró en la sala Ramiro de Maestu se hizo el silencio.

Esta su condición de hombre de razón y de fe, le abría ánimos a Maestu, cuyo pensamiento y cuya pluma salvaba fácilmente toda nostalgia o tentación indígena, y aun de estrecho nacionalismo, desplegando velas hacia mares de altura. Durante los años republicanos, Maestu mantuvo todos los juicios, para el público valenciano, una sección inolvidable —"Contra corriente"— en uno de los órganos de la prensa local. Años en que los pleitos y el encono interiores ataban a tantos compatriotas nuestros a los simples polémicas intestinas —España cambiaba por veredas de Caín—, Ramiro de Maestu le enviaba a Teodoro Llorente unas crónicas apretadas de pensamiento y amplias de perspectiva. El título de la sección tenía un marcado carácter ibérico, piedra de oposición, de independencia y de escándalo. Pero las crónicas eran ventanales de líneas clásicas abiertos a todo el mundo.

INCESANTE FUNDACION

UNA misma razón promueve el acto fundacional del 29 de octubre de 1933 e infunde a nuestros Caidos la idea y la fortaleza que les hace merecer la gloria del supremo sacrificio. La fe proclamada en el teatro de la Comedia, se ratifica con rasgos de sangre a lo largo de un lustro de la historia de España. Por eso al conmemorar mañana el hecho que abrió a la Patria el camino de su salvación y honrar la memoria de los que ofrendaron sus vidas en la sagrada empresa, la Falange cumple el rito más fiel a su significado: hacer de su existencia un permanente servicio, una incesante fundación.

Porque toda la vida de la Falange es un ejemplo de la verdadera ortodoxia que debe regular la acción política encaminada a un ideal esclarecido por la fe. El aprovechamiento táctico de las circunstancias, con preeminencia sobre la estricta aplicación de los preceptos, es el estilo que conviene a una congregación fundada a sangre y fuego y denominada con un concepto —Falange—, que entraña expresamente una idea de servicio y combate en orden abierto, que nunca sería aplicable con exactitud a una mera reunión de ideólogos. Es verdad que para algunos, esta manera elástica de creer y entender equivale a menosprecio de la convicción, pero la experiencia acredita que la convicción verdadera ha de estar más atenta a triunfar en los

hechos que a prendarse de los postulados. Un ideario sólo debe ser el cauce que cifra una determinación vital. Si pasa de esto se habrá convertido en un misero programa inoperante, como aquellos que regían las jornadas de los viejos partidos.

José Antonio fijó con reiteración la voluntad del Movimiento sobre este entendimiento práctico de las realidades y las normas. La proclamación de la Falange no estuvo en promulgar un programa, sino en alzar una bandera. El ideario estaba ya definido en el juicio de toda conciencia honrada: España, su unidad, su libertad y su grandeza. Para cumplir este mandato eterno sonó la voz de José Antonio convocando a la juventud.

Pero ese sagrado menester no sólo tenía que ser tan decisivo como el riesgo de la Patria, sino que había de traspasar los límites de una actitud defensiva para tomar la iniciativa de transmitir a los españoles un nuevo sentido de la existencia, un estímulo superior que les proyectara hacia una vida más fuerte, más limpia, más alegre, llena de creadora energía. El acto de la Comedia hubiera sido sólo un

forjadores de las grandes empresas humanas, el seguro y fiel atalái conoedor del trayecto que desemboca en la victoria, el apasionado español que amaba a España con espíritu de perfección y no de complacencia perezosa, el hombre que tenía del riesgo una noción serena y varonil. La juventud apetecía un quehacer, que intuía apremiante en la angustia de la Patria, y áspero y tremendo en la mezquindad del presente que repudiaba. El quehacer José Antonio lo definió en su clarividente y ardorosa convocatoria del 29 de octubre. Mas esa empresa sólo podía realizarse mediante «una manera de ser».

En el acto fundacional es eso, ante todo, lo que José Antonio consigue infundir a los españoles que adivinan en su palabra el contenido de una España distinta, unida, grande y libre. Más que un programa de acción política, lo que José Antonio declara es la imprescindible virtud de los valores humanos que el individuo ha de adoptar como sus más preciados bienes y por los cuales su servicio a la Patria será fecundo y perfecto.

Traza José Antonio una conducta en la que

el sacrificio subordina todo otro género de actitud. Antes del 18 de julio la abnegación de nuestros Caidos en silencioso y ejemplar combate da fe del arraigo de unas convicciones que van penetrando en el español con las primeras voces del acto del 29 de octubre. Durante la Cruzada otros Caidos en los frentes de batalla, en las encrucijadas de la zona roja, corroboran el espíritu de sacrificio consagrado como la más alta virtud falangista.

Y esto es lo que mantiene a la Falange en una constante actitud fundacional. La sangre derramada fecunda la historia, que por ella germina con frutos de eternidad. Cada uno de los jaloneos que marca el sacrificio inicia para la Patria la trayectoria de una nueva y dilatada etapa en los caminos de su perfección.

Día de la fe es el de mañana. Por la F. E. que el 29 de octubre estremeció a España con febril presentimiento, prevalecemos en la fe de una actitud humana que hizo posible el rescate de la Patria, que la impulsó hacia su grandeza. Y bendecimos esa misma fe que fortaleció en el supremo servicio a los que dieron sus vidas por Dios y por España. A los que en íntima y recogida meditación recordamos en la fecha de 29 de octubre, consagrada a considerar la virtud del sacrificio como una norma de incesante y espiritual fundación.

En la alta noche en que escribo estas líneas, a cuela pluma, tengo ante mí la colección de algunos años de "Las Provincias". Los jueves —o algún viernes— no falta el artículo de Maestu. Don Ramiro —según él nos confesaba allí— no era avaricioso de su pensamiento para la prensa, reservándose para los libros, como de algunos se cuenta. En sus crónicas ponía toda su alma. Gran conocedor de Inglaterra y del mundo anglosajón —con su experiencia suramericana—, tenía aptitud y capacidad para enfocar extensos sectores de los problemas mundiales. Recuerdo uno de sus artículos, "También Inglaterra", donde Maestu nos contaba el asombro de sus más inteligentes y finos amigos ingleses que en libros y cartas iban constatando el cambio psicológico de los insulares... Es una crónica perspicaz donde parece advertirse a Inglaterra —con profética lealtad— que para los peligros del mundo, su cualidad geográfica y moral de isla está cada día más en mengua. Y que los grandes peligros pueden filtrarse también si no se adoptan posturas resueltas. Maestu hubiera sufrido mucho ante el panorama actual del mundo. Pero ¡qué cosas más sabrosas hubiera dicho! ¡Y con qué autoridad! Hubiera callado en muchos momentos. Pero su silencio hubiera continuado siendo arenga sin palabras.

Originalidad e independencia del régimen español

El 19 de julio de 1934 escribió José Antonio en el semanario «FE» lo siguiente: «La nación no es una entidad física individualizada por sus accidentes orográficos, étnicos o lingüísticos, sino una entidad histórica, diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino». Escribió José Antonio estas palabras a propósito del separatismo catalán que, por entonces, estaba en pleno auge, y al escribir las, daba la más exacta definición de la nación, de España, concretamente. Definición que, andando el tiempo, había de servir de base para definir también la singularidad del régimen español, la diferenciación total del régimen falangista de todos los demás que en el mundo haya o pueda haber.

En su primer número, el mismo periódico «FE» expresó, el 7 de diciembre de 1933, su afán de autenticidad, de riguroso sentido español en los momentos en que la Falange nacía, sin confundir nunca —como ha escrito un periódico—, la originalidad española de cara a todos los vientos universales con el localismo terruñero o con el extranjero de moda. Y, en otra ocasión, José Antonio pensó el Imperio, y, con mucha más razón la Patria, España, con «la unidad física, política, espiritual y teológica».

Con tales premisas no habría de ser difícil, en el transcurso del tiempo, hacer realidad, convertir en un hecho palpable y manifiesto la singularidad y la originalidad del Movimiento español y de nuestro régimen político. Y así fué, en efecto. Desde los primeros momentos, este régimen fué inconfundible. Los móviles que a luchar por él animaron a los españoles, la manera de realizar la lucha y las características de la victoria obedecieron siempre a la manera de ser española y a circunstancias españolas que sólo entre nosotros se daban. Había que vencer aquel sistema político que no había traído a España sino sangre, lágrimas y ruinas, que nos había llevado a la disgregación individual y colectiva, que nos reducía a la impotencia dentro y fuera de las fronteras. Para vencerlo, se había que organizar a los españoles en un nuevo sistema español, enraizado con las más puras tradiciones españolas y de acuerdo con los modernos tiempos, si se quería que el sistema fuera eficaz. Y se creó el sistema, auténticamente español, desde su doctrina hasta sus símbolos, el yugo y las flechas de los Reyes Católicos, y se adoptó el saludo de la mano abierta, porque el saludo del puño cerrado nos ahogaba y oprimía, y sin otra significación que la anticomunista y nacional, contra la comunista e internacional de que hacían gala los enemigos. Y durante la contienda, todo fué en ella español: la bravura, el heroísmo, el espíritu religioso, la alegría en la lucha, la generosidad para con el vencido. Ganada la victoria, fué organizándose la paz y la vida civil con el anhelo de dotar a toda persona, individual o colectiva, de las cualidades tradicionales españolas, de tal modo, que todo quedara encuadrado en el ambiente de hermandad nacional.

Y así se han ido estableciendo las bases de esta singularidad del régimen español, acendrado por Franco, que nada tiene que ver con ningún otro, sino que se esfuerza, cada día con renovado tesón, en encauzar la vida toda de España dentro de normas esencialmente españolas, para que nuestra nación llegue a ser una entidad histórica, diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino y no sea, simplemente, una entidad física.

Una revista tan autorizada como «El Español», escribía hace más de un año lo siguiente: «La política española tuvo que vencer la anarquía; no hay otra manera de nombrar el desenfreno, el cisma, la discordia, la violencia, la perversidad, las pasiones bárbaras, y por eso llamamos anarquía aquel período de tiempo que abarcó desde la estupidez hasta el crimen en la época

roja, penalidad que no deseamos para ningún hombre, sea español o extranjero. De la anarquía hacia el orden va el dinamismo político español, de la arbitrariedad a la autoridad, del libertinaje a la libertad, de la tiranía a la justicia, de la estridencia a la armonía, de la desintegración a la unidad, de la humillación a la dignidad, de la esclavitud a la soberanía de nuestra Patria, y todo esto en un proceso en que se van ganando las etapas sucesivas con un ritmo seguro. En este sentido podemos avanzar cada día, consiguiendo la construcción política del Estado español y el bien común en la existencia colectiva. Bajo este signo se ha formulado la concepción del Estado unitario».

He aquí trazada la trayectoria del régimen español, ya desde antes de nuestra Cruzada hasta el momento actual y para el porvenir. Trayectoria que responde a problemas típicamente nacionales y conceptos puramente españoles, en la que para nada han intervenido sistemas políticos extraños, porque, además, entendemos que nuestra organización interna es cuestión simplemente española y que a normas españolas obedece.

En este día conmemorativo de la Falange, fundada, hoy hace once años, para luchar contra todo lo antiespañol y triunfar sobre ello, se ven afeadas la singularidad del régimen y la originalidad de sus instituciones.



«El hombre es el sistema; y ésta es una de las profundas verdades humanas. Todo el siglo XIX se gastó en idear máquinas de buen gobierno. Tanto vale como proponerse dar con la máquina de pensar o de amar. Ninguna cosa auténtica, eterna y difícil, como es el gobernar, se ha podido hacer a máquina; siempre ha tenido que recurrirse a última hora a aquello que, desde el origen del mundo, es el único aparato capaz de dirigir hombres: el hombre. Es decir el jefe, el héroe.»

Permanencia de un sentido y de unos conceptos políticos

Por Juan Antonio RAMÍREZ

ONCE años hace que la voz de José Antonio se alzara en el escenario de la Comedia para gritar a los hombres de España esas cosas elementales e insustituibles que constituyen el patrimonio espiritual de los pueblos, de las colectividades enlazadas por la sangre y por la historia. Desde entonces, con su gradación implacable, el tiempo ha ido ordenando aquellas palabras, aquellas concepciones, con ese sentido inevitable que nos lleva siempre hacia la verdad en las horas acongojantes de la duda. Con la misma nitidez que en una mañana de otoño de 1933 uno puede volver los ojos al texto de aquel discurso con la seguridad de hallar en él esas consignas permanentes que la voz fundacional anunciara. Porque todo el profundo valor simbólico de la obra de José Antonio, desde este primer escalón de su vida política hasta la dulce reciedumbre del testamento, reside en su permanencia. La política es volcán que gasta a los hombres, que dispersa ideas y voluntades, pero cuando un sentido doctrinal pasa sin menoscabo por esa aduana rígida que nada perdona, y al cabo de los años guarda su misma justeza inicial, es seguro que en ella hay algo

nuevo y profundo, algo que marchita con el tono amargo los papeles viejos que nada

José Antonio afirmaba en el curso que él no daría un programa de soluciones concretas. La gran farsa de la vida no se proyecta para luego marchar. El hombre se deja influir por cosas eternas que pesan sobre el cuerpo y el espíritu. Se enfrenta al presente y deja el futuro al porvenir abierto a las esperanzas. Luego, la realidad implacable del día a día le hace desechar lo que y comienza de nuevo el ciclo de inseguridades íntimas, en las que esas cosas determinadas que se pensó tener en la mano, se van una atmósfera recogida, pero el político, a fuer de hombre que vive y muere, guarda una mayor responsabilidad. Es la que encuentra pequeñas sus propias soluciones programáticas que rara un día. El pueblo se cansa de esa falta de seguridad del hombre de gobierno. Y no la gana nunca. La voz del Fundador su pensamiento con la misma firmeza con que enfocaría la vida truncada. No somos amigos de programas que nunca se cumplen. Su dialéctica no admite falsedad circunstancial con la que se consigue embaucar a los niños siempre un poco niños en el juguete maravilloso de la vida: «Cuando se tiene un programa permanente ante la historia y la vida, ese propio sentido de las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué debemos reñir y en qué debemos abrazar, sin que el verdadero amor tenga hecho un programa de abrazos y reñidos». O sea, frente al problema concreto la solución concreta, sin crear antes un mundo idealizado que luego ante la realidad se venga al suelo como un infantil. Con qué tremenda emotiva podemos releer estas palabras a los once años de renunciadas, cuando España se en armas por cosas grandes y vitales. Dios, la Patria, el hombre hay un cuerpo joven bajo la bandera de El Escorial...

Acaso lo más sazonado del curso del 29 de octubre sea el sentido de realidad. Hay que salir en el ambiente disconforme, y vociferante de la España que donde se prometían las maravillas bienaventuranzas de los católicos, para comprender toda la sencillez de sus conceptos. Era como ir a un mundo al que le ofrecía buena vida, revolución social, reparto de la propiedad, liquidación de las clases sociales, decirle: «Yo no te ofrezco nada. Ni te pido tu voto siquiera. No me seguirme, pero el camino es duro y duro, y aunque «presenciar el amanecer en la alegría de tras entrañas», no puedo apartarte de que lo veas en esta vida. Decide tu propia suerte. Te espero». ¡Y cómo le respondió esa definición de la que Ortega dijo que veinte años antes que tendría que vantarse contra un mundo a hacer! Con qué ímpetu de sangre y de carne joven se acercaron José Antonio sus camaradas, ardor ilusionado el de todos los cursores que se llevan en el fondo de sus palabras todo el afán de juventud de su tiempo. Y no importa que la muerte tenga preparado el último lecho en la misma calle de la calle, si ya «está alzada la bandera».

JOSE ANTONIO